



Fronteras de la Historia

ISSN: 2027-4688

fronterasdelahistoria@gmail.com

Instituto Colombiano de Antropología e

Historia

Colombia

Nacach, Gabriela; Navarro Floria, Pedro  
El recinto vedado. La frontera pampeana en 1870 según Lucio V. Mansilla  
Fronteras de la Historia, núm. 9, 2004, pp. 233-257  
Instituto Colombiano de Antropología e Historia  
Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=83300907>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en [redalyc.org](http://redalyc.org)

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal  
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **El recinto vedado La frontera pampeana en 1870 según Lucio V. Mansilla**

**Gabriela Nacach**

Universidad de Buenos Aires, Argentina  
gabicolombina@yahoo.com.ar

**Pedro Navarro Floria**

Conicet, Argentina  
navarronicoletti@ciudad.com.ar

### **Resumen**

El coronel Lucio V. Mansilla, jefe militar de la frontera de Río Cuarto, en la Pampa argentina, publicó en 1870 el relato de su misión diplomática, titulado *Una excursión a los indios ranqueles*. Siendo una de las obras más interesantes de la literatura argentina del siglo XIX, ha sido estudiada desde distintos puntos de vista. Aquí proponemos una revisión desde la perspectiva de la historiografía sobre las fronteras coloniales y poscoloniales americanas. Una nueva perspectiva de análisis en ese campo parte de considerar las zonas de frontera como entidades diferentes tanto de los Estados nacionales como del mundo indígena propiamente dicho: ámbitos mestizos, relativamente autónomos y al mismo tiempo articulados con los factores de poder económico, social y político tanto del Estado como del mundo indígena. En este sentido, Mansilla aporta un valioso reconocimiento de ese mundo alternativo, informal, sostenido por una red de lazos interpersonales constituyentes del poder político, del mismo modo que del entramado social del interior argentino, que las élites liberales porteñas ignoraban. Su mirada nos aporta un mejor conocimiento de la realidad pasada y presente de la frontera de contacto interétnico de la Pampa.

Palabras clave: FRONTERAS COLONIALES Y POSCOLONIALES, PAMPA, ARGENTINA, SIGLO XIX.

### **Abstract**

Colonel Lucio V. Mansilla, military chief of the border of Río Cuarto, in the Argentine Pampa, published in 1870 the narration of his diplomatic mission *Una excursión a los indios ranqueles*. Being one of the most interesting works of the Argentine literature of the 19<sup>th</sup> century, it has been studied from different points of view. Here we propose a review from the perspective of the historiography on the colonial and post-colonial

American frontiers. A new perspective of analysis in this field starts from considering to the frontier zones as entities different so much from the national States as from the indigenous world in strict sense: half-caste, relatively autonomous ambiences at the same time articulated with the factors of economic, social and political power both of the State and of the indigenous world. In this respect, Mansilla contributes a valuable recognition of this alternative, informal world, supported by a network of interpersonal bonds constituent of the political power, in the same way that the social framework of the Argentine interior that the liberal elites of Buenos Aires were ignoring. His look contributes us a better knowledge of the past and present reality of the frontier of interethnic contact of the Pampa.

Key words: COLONIAL AND POST-COLONIAL FRONTIERS, PAMPA, ARGENTINA, 19<sup>TH</sup> CENTURY

He pasado por el fuego y por el agua profunda desde que nos vimos la última vez.  
He olvidado buena parte de lo que creía saber, y he aprendido muchas  
cosas que había olvidado.  
Ahora veo cosas muy lejanas, pero muchas otras que están  
al alcance de la mano no puedo verlas.

J. R. R. Tolkien, *El señor de los anillos*

Un mes después de su regreso de Tierra Adentro, del territorio ranquel de la Pampa, en el otoño de 1870, el coronel Lucio V. Mansilla (1831-1913), jefe militar de la frontera de río Cuarto, al sur de Córdoba, comenzó a publicar en el diario porteño *La Tribuna*, bajo la forma de una serie de cartas dirigidas a su amigo Santiago Arcos, el relato que luego, convertido en libro, pasaría a la historia como *Una excursión a los indios ranqueles*. Ninguna de estas circunstancias es trivial: Mansilla discutía y personalizaba quizás excesivamente la política fronteriza; confrontaba con el presidente Sarmiento y con Arcos, amigo común de ambos, y buscaba intervenir en el debate sobre la frontera generando una mirada lateral y revulsiva sobre el tema, utilizando como soporte el diario de los hermanos Varela, el más prestigioso y difundido del país. Por eso “es quizá el libro argentino más circunstancial y periodístico, solo inteligible en su medio”<sup>1</sup>. Otros lo consideran una puesta al día completa de la cuestión de la frontera indígena, que fue más allá que sus antecedentes<sup>2</sup>. La *Excursión* de Mansilla, una

<sup>1</sup> J. Caillet-Bois, “Nuevos documentos sobre ‘Una excursión a los indios ranqueles’”, *Boletín de la Academia Argentina de Letras* (Buenos Aires), 16 (1947): 115.

<sup>2</sup> N. Jitrik, *El mundo del Ochenta* (Buenos Aires: Editores de América Latina, 1998), 28.

<sup>3</sup> J. Ramos, “Entre otros: ‘Una excursión a los indios ranqueles’ de Lucio V. Mansilla”, *Filología* (Buenos Aires), 21, núm. 1 (1986); J. Andermann, *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino* (Rosario: Beatriz Viterbo, 2000); G. Nacach, “Lecturas paralelas de Lucio V. Mansilla y su ‘Excursión a los indios ranqueles’” (tesis de licenciatura en antropología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2001).

de las mejores y más interesantes obras de la literatura argentina del siglo XIX, admite distintas lecturas y ha sido analizada en los últimos años desde varios puntos de vista: desde el análisis literario<sup>3</sup>, desde la información antropológica que brinda acerca de la frontera pampeana<sup>4</sup>, desde el contenido político de su texto<sup>5</sup>, etc.

La historiografía sobre las fronteras americanas, superando los tradicionales enfoques institucionalistas provenientes de las conceptualizaciones establecidas hace ya un siglo por los estadounidenses Turner y Bolton, ha abierto en los últimos años nuevas perspectivas de análisis, entre ellas una motivada por la revisión de los procesos de constitución de los Estados. Alternativamente, respecto de la concepción clásica de que los criollos revolucionarios construyeron una serie de Estados nacionales frente a un espacio prácticamente vacío en lo político, social y cultural, hoy tendemos a considerar los espacios sociales sin Estado (las fronteras y los territorios indígenas) como otras entidades, diferentes pero con un peso político específico y con un orden propio, “una sociedad nueva con estructuras y circunstancias más o menos estables y específicas” que dieron lugar a una cultura fronteriza transitoria<sup>6</sup>. La frontera ha comenzado a ser conceptualizada como un mundo con espesor espacial, temporal y social; de bordes difusos y sistemas de dominación no formalizados o no contractuales pero coherentes; cruzado por las influencias externas (en el caso que nos ocupa, de los Estados argentino y chileno y de parcialidades indígenas araucanas y patagónicas); autónomo en tanto ninguno de esos factores de poder (el Estado argentino, para el caso de la Pampa y Patagonia) pudo imponer sus estructuras hasta el siglo XX; culturalmente híbrido<sup>7</sup>. Nos proponemos hacer un aporte a la desnaturalización de la historiografía tradicional sobre la frontera vista como un límite de guerra entre “blancos” e “indios”, y brindar una información que permita considerar la frontera como un ámbito social y temporal característico: mestizo, relativamente autónomo y al mismo tiempo articulado con los factores de poder económico, social y político tanto del Estado como del mundo indígena.

<sup>4</sup> R. Mandrini, “¿Y cuánto vale una vaca? Sistemas de intercambio en la economía indígena pampeana”, en *XIV Jornadas de Historia Económica* (Córdoba, 1994).

<sup>5</sup> N. Shumway, *La invención de la Argentina. Historia de una idea* (Buenos Aires: Emecé, 1993), 271-284; M. Tamagnini y G. Pérez Zavalá, “La confrontación por el espacio: el avance de la frontera hacia el río Quinto (1869)” (manuscrito inédito, Buenos Aires, 2003). Se puede ver la carátula de la edición príncipe de *Una excursión* y su texto completo en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, <http://cervantesvirtual.com>.

<sup>6</sup> B. Schröter, “La frontera en hispanoamérica colonial: un estudio historiográfico comparativo”, *Colonial Latin American Historical Review* (Albuquerque, Estados Unidos), 10, núm. 3 (2001), 367.

<sup>7</sup> P. Navarro Floria y G. Nacach, “Entre indios falsificados, novias raptadas, cautivos y traficantes de aguardiente: Guillermo Cox en el norte de la Patagonia, 1862-1863” (manuscrito inédito, Buenos Aires, 2002); E. J. Míguez, “Mediación social en la frontera. La región pampeana, 1840-1874” (manuscrito inédito, Buenos Aires, 2003), 2-4; L. León Solís y S. Villalobos, “Tipos humanos y espacios de sociabilidad en la frontera mapuche de Argentina y Chile, 1890-1900. Propuesta de investigación”, *Estudios Historiográficos* (Valparaíso, Chile), 1, núm. 1 (2002), 85-89.

Desde este punto de vista, Mansilla tiene algo que decir. Su escrito, en un contexto político que se acercaba al punto de inflexión en el que el Estado nacional quebraría definitivamente la resistencia del poder fronterizo, venía a hablar a sus contemporáneos, y especialmente a la opinión pública de los sectores dominantes ilustrados a los que él mismo pertenecía, acerca de ese otro mundo de Tierra Adentro. Los sectores dirigentes argentinos con representación parlamentaria habían acordado, en 1867, una política ofensiva sobre la Pampa reflejada en la Ley 215. El destinatario de las cartas de Mansilla, el chileno Santiago Arcos, había publicado unos años antes un opúsculo sobre la cuestión indígena<sup>8</sup> en el que, al mismo tiempo que demostraba un conocimiento avanzado del interior de la Pampa, propugnaba una ofensiva abierta, y su elección como interlocutor valoriza políticamente la empresa literaria de Mansilla<sup>9</sup>. Como militar, este trabajaba en función del programa trazado desde las instituciones del Estado y apoyado por importantes factores de poder (por ejemplo, la Sociedad Rural Argentina), y la *Excursión* debe ser leída, desde este punto de vista, como una inspección del teatro de operaciones previa a la batalla y “una novela de espionaje”<sup>10</sup>. Pero también, si el discurso oficial había organizado el olvido de las relaciones pacíficas con los pueblos indígenas del sur, que predominaban hasta pocos años antes, Mansilla se proponía recordar su posibilidad.

Podemos establecer una comparación con otro observador del mundo fronterizo, el chileno Guillermo Cox, cuyo proyecto colonizador del río Negro lo llevó a cruzar la cordillera de los Andes hacia el este por la latitud del lago Nahuel Huapi, en 1862 y 1863, y a revelar un ámbito social sorprendentemente mestizo. Para los argentinos en particular, Cox había accedido por la puerta trasera al interior de un mundo interesante y complejo, hostil e impenetrable para ellos desde el norte o el este (al menos hasta la “excursión” del coronel Mansilla). Anglo-chileno uno y criollo argentino el otro, utilitario y empresario uno y literato-político el otro, las diferencias también se manifiestan en el conocimiento previo de la frontera y en los resultados de las entradas de ambos. Mansilla se cuida bien de mostrarse sorprendido, y de hecho alcanza su objetivo político con los ranqueles. Cox ve constantemente trastocados sus planes y previsiones, y no logra su propósito de atravesar el norte de la Patagonia, como tampoco logró pasar a Chile en 1875-1876 su émulo argentino Francisco Moreno, impedido por los caciques del alto Limay<sup>11</sup>. El punto en común está en el descubrimiento y en la puesta de manifiesto, para la opinión pública de su tiempo, de las redes de sociabilidad fronterizas, de la permeabilidad de esa franja y del alto grado de autonomía política de las zonas de contacto.

<sup>8</sup> S. Arcos, *Cuestión de indios. Las fronteras y los indios* (Buenos Aires: Bernheim, 1860).

<sup>9</sup> Caillet-Bois, “Nuevos documentos”, 133.

<sup>10</sup> A. Lázzeri, “¡Vivan los indios argentinos! Análisis de las estrategias discursivas de etnización/nacionalización de los ranqueles en situación de frontera” (tesis de maestría, Museo Nacional y Universidad Federal do Rio de Janeiro, 1996); F. Rodríguez, “‘Una excursión a los indios ranqueles’, una novela de espionaje”, *Filología* (Buenos Aires), 29, núm. 1-2 (1996), 181-184.

<sup>11</sup> Navarro Floria y Nacach, “Entre indios falsificados”, 4-5.

Entendemos que, a diferencia de Cox, cuyo descubrimiento de la frontera fue imprevisto, el propósito central de Mansilla, en el que se cruzan estas distintas líneas de análisis, habría sido el de llamar la atención acerca de la existencia de ese mundo sorprendentemente permeable, híbrido y libre en comparación con la homogeneidad normativa del mundo hispanocriollo, pero no por eso dotado de menos consistencia. En todo caso, siguiendo una antigua regla teórica de la guerra, expresada desde Sun Tzu, se trataba de conocer al enemigo:

Si en *Facundo* o en *La cautiva* la pampa, que tanto para Sarmiento como para Echeverría se desliza semánticamente hasta “desierto”, define un vacío uniforme, un blanco que debe ser llenado; para la mirada táctica de Mansilla, por el contrario, la pampa representa un lleno, gracias a un saber afirmado en la experiencia<sup>12</sup>.

¿Mansilla *descubre* la frontera, levantando el velo que encubría (como estrategia de construcción del orden dominante) un mundo conocido, o bien, *inventa* un mundo desconocido? Cox, a través de su actitud sorprendida, se nos revela como inventor involuntario de la frontera. En Mansilla se destaca, en cambio, el conocimiento previo de la cuestión, incluso la firma previa de las paces que se iban a ratificar, con lo cual la intencionalidad política de su descubrir queda, valga la redundancia, develada. En cualquier caso, ambos representan el reverso de la actitud emblemática del programa científico del siglo XIX, deshistorizador de las sociedades, desertificador de los espacios observados, descriptivo de paisajes inmóviles<sup>13</sup>, en tanto narran historias, construyen personajes e interactúan con sociedades vivas en el escenario fuertemente dinamizado de la frontera.

Secundariamente, como han notado otros lectores, Mansilla se preocupó por subrayar (como desquite político ante el presidente Sarmiento, que no lo había considerado digno del Ministerio de Guerra) su propia capacidad personal para adaptarse a ese contexto, para entrar y salir incólume de la frontera, para mostrarse como un auténtico “cacique blanco”<sup>14</sup> con estrechos lazos políticos y personales (ambos planos se yuxtaponen permanentemente en el mundo fronterizo), es decir, como el mediador por excelencia que el Estado necesitaba para interpelar eficazmente a esos otros exter-

<sup>12</sup> Rodríguez, “Una excursión”, 184.

<sup>13</sup> M. L. Pratt, *Ojos imperiales, Literatura de viajes y transculturación*. (Bernal: Universidad de Quilmes, 1997), 64.

<sup>14</sup> El concepto de “cacique blanco” ha sido aplicado recientemente a funcionarios hispanocriollos fronterizos que se deslizaron gradualmente en el universo cultural indígena antes de su quiebre a fines del siglo XIX, como son los casos de Francisco de Viedma o de José Francisco de Amigorena. Véase en *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, comp. L. R. Nacuzzi (Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002); M. Quijada, “A modo de presentación”, 16; L. R. Nacuzzi, “Francisco de Viedma, un ‘cacique blanco’ en tierra de indios”, 31-34; F. Roulet, “Guerra y diplomacia en la frontera de Mendoza: la política indígena del comandante José Francisco de Amigorena (1779-1799)”, 66, 94-97.

nos. También respecto de esta lectura política Mansilla propone su *Excursión* como operación correctiva e impugnadora de las representaciones vigentes acerca de una Pampa básicamente desconocida, reorganizando y desdibujando las dicotomías establecidas en el *Facundo* entre lo que hasta entonces parecían ser dos formas de vida diametralmente distintas y discontinuas<sup>15</sup>.

### “Aquellos campos desiertos e inhabitados...”<sup>16</sup>

En Mansilla, como en todos los viajeros de su tiempo por tierras americanas, reconocemos un continuador de la “vanguardia capitalista” de las décadas siguientes a la independencia, en su actitud evaluadora de recursos para el desarrollo productivo. Dentro de ese marco general, la *Excursión* es una de las obras argentinas que inauguran el interior del país (y en particular el sur) como proyecto estético<sup>17</sup> tanto como en su sentido de objeto sociopolítico de interés.

Antes de su entrada diplomática y acompañando el adelantamiento de las guardias al río Quinto, Mansilla había recogido, “a fuerza de maña y disimulo”, muchos datos para que el país los utilizara<sup>18</sup> y levantado un plano topográfico: “[en el plano de] ese territorio inmenso, desierto, que convida a la labor... [que] no tardaré en publicarlo, ofreciéndoselo con una memoria a la industria rural”<sup>19</sup>. Esos “hermosos campos para la cría de ganados” y aun para la agricultura eran representados por él como fértiles en pasturas y abundantes en leña y agua<sup>20</sup>, cuando la escasez de aguadas era el problema crónico de los campos bonaerenses. El texto intercala algunas de las habituales ensoñaciones industrialistas, como la que lo asaltó a orillas de la laguna del Cuero: “reflexionando... si el gran ferrocarril proyectado entre Buenos Aires y la cordillera no sería mejor traerlo por aquí”<sup>21</sup>. O sueños lisos y llanos, verdaderos o ficticios pero expresivos de todo un programa, relatados en primera persona, en los que se suman la conquista militar, la evangelización y el sometimiento (o el exterminio) de los ocho a

<sup>15</sup> Rodríguez, “Una excursión”, 184, 188.

<sup>16</sup> L. V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles* ([1870]; Buenos Aires: CEAL, 1993), 2:197. En adelante *EIR*.

<sup>17</sup> Andermann, *Mapas de poder*, 102. Váse: p. 162 nota 4.

<sup>18</sup> *EIR*, 1: 156.

<sup>19</sup> Ibídem, 1: 8.

<sup>20</sup> Ibídem, 1: 8, 62, 72.

<sup>21</sup> Ibídem, 1: 62; véase p. 72. Es de notar que el antiguo camino de la pampa húmeda a Cuyo seguía aproximadamente la traza de la actual ruta nacional 8 hasta Achiras y de allí a San José del Morro y San Luis, itinerario que no dejaba de ser peligroso aun en los años de 1860; tanto que Mansilla atribuye a su avance hasta el río Quinto la posibilidad de “cruzar del Río Cuarto a Achiras sin hacer testamento y confesarse” (Ibídem, 1:8). El ferrocarril Buenos Aires-Mendoza, finalmente, sigue una traza paralela pero más al sur (la de la actual ruta 7), precisamente por donde la imaginaba Mansilla en 1870.

diez mil ranqueles, la colonización agrícola y la paz perpetua<sup>22</sup>. Ensoñaciones que él mismo rechaza en nombre del espíritu materialista de la época:

Voy a penetrar, al fin, en el recinto vedado.

Los ecos de la civilización van a resonar pacíficamente por primera vez, donde jamás asentara su planta un hombre del coturno mío.

Grandes y generosos pensamientos me traen; nobles y elevadas ideas me dominan; mi misión es digna de un soldado, de un hombre, de un cristiano, me decía; y veía ya la hora en que reducidos y cristianizados aquellos bárbaros, utilizados sus brazos para el trabajo, rendían pleito homenaje a la civilización por el esfuerzo del más humilde de sus servidores.

Aspiraciones del espíritu despierto, que se realizan con más dificultad que las mismas visiones del sueño, ¡apartaos!

El hombre no es razonable cuando discurre, sino cuando acierta<sup>23</sup>.

Sueños o discurso de un hombre despierto, son las palabras que expresan la mirada imperial sobre el “desierto” y sus habitantes “salvajes”, que Mansilla compartía y al mismo tiempo cuestionaba. La compartía, entendemos, en el sentido de que era solidario con el clima ideológico utilitario y progresista característico de la clase dirigente porteña a la que pertenecía. La cuestionaba, desde el momento en que llamaba la atención acerca de que “aquellos campos inmensos e inhabitados” no estaban vacíos sino que formaban parte de ese otro orden fronterizo a combatir en nombre del orden de la “civilización” y a desentrañar (reinventando y reescribiendo el escenario político-estético nacional que había inventado por la escritura su *alter ego*, Sarmiento<sup>24</sup>, en el *Facundo*, de 1845).

### **“Con estos indios se precisa mucha paciencia...”<sup>25</sup>**

En 1869, la franja entre los ríos Cuarto y Quinto, al sur de Córdoba, tradicionalmente habitada por el pueblo ranquel, fue apropiada por el Estado nacional mediante el avance de las guardias militares que habían sido establecidas sobre el Cuarto casi un siglo antes. El operador de ese avance fue Mansilla, en una iniciativa cuidadosamente planificada que combinaba los propósitos colonizadores, misionales y militares soñados<sup>26</sup> y que proponía, a tono con la Ley 215 de 1867 y con el pensamiento dominante en la época, absorber o desplazar más al sur (según la adaptabilidad que mostrara) a la población indígena y mestiza de la frontera. El operativo fue consolidado por Mansilla

<sup>22</sup> Ibídem, 1: 205, 2: 197.

<sup>23</sup> Ibídem., 1: 129.

<sup>24</sup> Andermann, *Mapas de poder*, 114.

<sup>25</sup> EIR, 2: 109.

<sup>26</sup> Tamagnini y Pérez Zavala, “La confrontación por el espacio”.

mediante la firma de un tratado de paz que implicaba el reconocimiento de la soberanía argentina sobre la Pampa y Patagonia por los caciques ranqueles, la incorporación de los pobladores fronterizos a los circuitos económicos nacionales, el intercambio de cautivos y refugiados, etc.<sup>27</sup>. Aunque el tratado fue girado para su ratificación al Congreso de la Nación y este no dictaminó nada al respecto, Mansilla quiso ponerlo en práctica mediante un acuerdo personal con los caciques, acuerdo que duró, como es lógico, lo mismo que él en su cargo, lo que fue muy poco tiempo porque al regresar de Tierra Adentro ya había sido pasado a disponibilidad por el Ejército.

Sin embargo, mediante el “acto de arrojo” y la “muestra de confianza” que constituyó su excursión, Mansilla logró internarse con solo dieciocho acompañantes en el complejo escenario político de la frontera<sup>28</sup>, recorrer las tolderías de los caciques ranqueles, parlamentar con cada uno de ellos y salir para contarlo. Con eso, no solo reafirmó su carácter de “gobierno fronterizo”<sup>29</sup> sino que satisfizo sus deseos de verlo con sus propios ojos

[...] ese mundo, que llaman Tierra Adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua, e inspeccionar yo mismo [Mansilla] el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes<sup>30</sup>.

Parte de ese internarse en la tierra fue para Mansilla el participar de los usos y costumbres políticos de la frontera, entre los cuales se destacaban los interminables tratos diplomáticos mediante los que los caciques, capitanejos e indígenas intentaban sacar el mayor provecho posible del acercamiento, estudiaban cuidadosamente y espiaban las intenciones y acciones del otro, ganaban tiempo para prevenir cualquier contratiempo y consultar cada paso con sus pares, simulaban firmeza “haciendo su papel” para “no aparecer amigo[s] de los cristianos” y reforzaban sus vínculos políticos personales hacia dentro y hacia fuera del mundo fronterizo<sup>31</sup>, siempre en un clima marcado por la desconfianza:

[...] su familia [...] junto con otras andaba huyendo por los montes, porque decían que los cristianos traían un gran malón; [...] que todos estaban muy alarmados, que habían mandado tres grandes descubiertas para el norte, para el naciente y para el poniente [...] y que la alarma duraría hasta que no viniese el parte sin novedad<sup>32</sup>.

<sup>27</sup> A. Levaggi, *Paz en la frontera* (Buenos Aires: Universidad del Museo Social Argentino, 2000), 395-405.

<sup>28</sup> *EIR*, 1: 19.

<sup>29</sup> Ibídem, 1: 11.

<sup>30</sup> Ibídem, 1: 7.

<sup>31</sup> Ibídem, 2: 12, 41, 87, 107-110, 150.

<sup>32</sup> Ibídem, 1: 107.

En el otro extremo de la *Excursión*, durante la “gran junta” con los caciques y capitanejos ranqueles, Mansilla se vio en aprietos para explicar una política de avance sobre las tierras indígenas que se contradecía con sus aparentes buenas intenciones:

Me preguntó [Mariano Rosas] con qué derecho habíamos ocupado el río Quinto; dijo que esas tierras habían sido siempre de los indios [...]

Yo [Lucio V. Mansilla] les pregunto a ustedes, ¿con qué derecho nos invaden para acopiar ganados? [...]

—Dígame, entonces, si tienen palabra de honor —repuso [M. R.] —, por qué estando en paz con los indios, Manuel López hizo degollar en el Sauce doscientos indios? [...]

[L. V. M.] —Ustedes han hecho más matanzas de cristianos que los cristianos de indios<sup>33</sup>.

En este contexto, las razones de Estado eran eficazmente suplidadas por los vínculos personales que Mansilla buscó poner en juego y reforzar, subordinándolos al mismo tiempo —en una actitud que refleja la contradicción entre contextos políticos de distintos grados y modos de formalidad— a su carácter de agente estatal. A tal punto las tratativas directas de Mansilla con los ranqueles ponían en tensión ambas concepciones de la autoridad y de la representación política, que en el parlamento general debió aclarar, sin poder superar él mismo la confusión que denunciaba e incluso mintiendo sobre su relación con el presidente Sarmiento:

Que la paz no era hecha conmigo, que yo era un representante del Gobierno y un subalterno del general Arredondo, mi jefe, con cuyo permiso me hallaba entre los indios; que no creyesen si otro jefe me reemplazaba que por eso la paz se había de alterar; [...] que ellos estaban acostumbrados a confundir a los jefes con quienes se entendían con el Gobierno; [...] que cerca o lejos tendrían siempre en mí un amigo que haría por el bien de ellos, si lo merecían, cuanto pudiera<sup>34</sup>.

—Y dígame, hermano, me preguntó [Mariano Rosas]: —¿cómo se llama el presidente?

—Domingo F. Sarmiento.

—¿Y es amigo suyo?

—Muy amigo<sup>35</sup>.

Mansilla se muestra como un político fronterizo perfectamente avisado de las formalidades que implicaba esa mediación entre dos mundos políticamente diferentes. Cada encuentro se amoldaba a un ceremonial previsible. Los grupos de “adentro” y de

<sup>33</sup> Ibídem, 2: 98-102.

<sup>34</sup> Ibídem, 2: 104-105.

<sup>35</sup> Ibídem, 1: 250.

“afuera” se divisaban y luego se topaban a todo galope, a veces mostrando sus armas, en una demostración de fuerza y destreza ecuestre tanto de riqueza material como de prestigio social<sup>36</sup>:

Presentóse por fin Caniupán con unos cuarenta individuos vestidos de parada, es decir, montando briosos corceles enjaezados con todo el lujo pampeano, con grandes testeras, coleras, pretales, estribos y cabezadas de plata, todo ello de gusto chileno.

Los jinetes se habían puesto sus mejores ponchos y sombreros, llevando algunos bota fuerte, otros de potro y muchos la espuela sobre el pie pelado<sup>37</sup>.

Si la reunión era prevista e importante, la exhibición continuaba con galopes, caracoleos, etc. y era precedida de una serie de avisos del anfitrión anticipando su salida a recibir a los huéspedes, maniobras militares, saludos y tanteos previos que solían poner a prueba la paciencia de Mansilla<sup>38</sup>. Si se arribaba a una toldería no era de buen gusto llegar al galope hasta muy cerca del hogar, y se debía pedir permiso para desmontar a cierta distancia<sup>39</sup>: “Al toldo de un indio se acerca el que quiere: Pero no puede aparearse del caballo ni entrar en él sin que primero se lo ofrezcan”. Tampoco era usual que una comitiva pasara de largo por las tierras de un cacique sin verlo<sup>40</sup>. Permaneciendo la comitiva de Mansilla en las tolderías, los saludos matinales eran de rigor: “Después de darmelos buenos días con muchísima política, de preguntarme si había dormido bien, si no había habido novedad, si no había perdido algunos caballos”<sup>41</sup>. Los parlamentos, que Mansilla califica de “aparato teatral”, “cómicos y ceremoniosos”, como recurso retórico para mostrarse a sí mismo más allá de ese contexto concreto, también respondían a un cuidadoso protocolo de largos discursos de saludo y consultas que Mansilla se divierte en comparar con las prácticas de los sistemas parlamentarios occidentales<sup>42</sup>.

Desde un punto de vista literario, si “la escena de llegada es una escena codificada por la convención del género [del] relato de viajes” que establece “los términos en los que se va a representar al otro a partir de ese momento”, las interminables dilaciones, ceremonias y dudas padecidas por Mansilla<sup>43</sup> constituyen señales claras de la importancia que el escritor le asigna a esos otros con los que se va a encontrar.

<sup>36</sup> Ibídem, 1: 127, 93, 130, 143, 225; 2: 68, 90-92.

<sup>37</sup> Ibídem, 1: 124.

<sup>38</sup> Ibídem, 1: 144, 102; 2: 90; 1: 103, 118, 144, 158, 161; 2: 21, 74; 1: 97, 101, 105, 110-112, 139-142, 150-152, 228; 2: 22, 50.

<sup>39</sup> Ibídem, 1: 144; 2: 53.

<sup>40</sup> Ibídem, 1: 96, 122.

<sup>41</sup> Ibídem, 1: 109, 207, 210, 225; 2: 49.

<sup>42</sup> Ibídem., 1: 129, 134, 143-144, 153; 2: 75; 1: 134-136; 2: 94-96; 1: 136-138.

<sup>43</sup> C. Iglesia, *La violencia del azar. Ensayos sobre literatura argentina* (Buenos Aires: FCE, 2003), 99-100.

Cualquier reunión, casual o previamente pactada, era motivo de pedidos u ofrecimiento de regalos, en una escala relacionada con la importancia y las consecuencias del trato establecido. Cuando se trataba de un simple encuentro en el campo con indígenas o gauchos que habían salido a bolear o a espiar, se les ofrecían artículos de consumo inmediato (generalmente, cigarros y aguardiente)<sup>44</sup>. En la medida en que la reunión implicaba una relación más formal, por ejemplo cuando se trataba de mensajeros que anticipaban un parlamento, se agregaban artículos más durables como yerba y azúcar, tabaco y papel, fósforos, ropa (pañuelos, camisas, calzoncillos, corbatas)<sup>45</sup>. Esta costumbre del intercambio de regalos encontraba su máxima expresión en los encuentros entre jefes fronterizos de uno y otro lado, en el intercambio de las prendas personales máspreciadas:

Llevaba [L. V. Mansilla] una capa colorada, una linda aunque malhadada capa colorada, que hice venir de Francia, igual a las que usan los oficiales de caballería de los cuerpos argelinos indígenas. [...]

Me quité la histórica capa, me puse de pie, me acerqué a Epumer, y dirigiéndole palabras amistosas, le dije:

—Tome, hermano, esta prenda, que es una de las que más quiero.

Y diciendo y haciendo, se la coloqué sobre los hombros.

El indio quedó idéntico a mí, y en la cara le conocí que la acción le había gustado.

—Gracias, hermano —me contestó, dándome un abrazo que casi me reventó.

Vi brillar los ojos de Mariano Rosas, como cuando el relámpago de la envidia hiere el corazón.

Tomé mi lindo puñal, y dándoselo, le dije:

—Tome, hermano; usted úselo en mi nombre.

Lo recibió con agrado, me dio la mano y me lo agradeció.

Mandé traer mi lazo, que era una obra maestra y se lo regalé a Relmo.

Ya estaba en vena de dar hasta la camisa.

Mandé traer mis boleadoras, que eran de marfil con abrazaderas de plata, y se las regalé a Melideo.

Mandé traer mis dos revólveres y se los regalé a los hijos de Mariano.

Llevaba tres sombreros de los mejores, llevaba medias, pañuelos, camisas; regalé cuanto tenía. [...]

Iba a salir del toldo; me llamó [Mariano Rosas] y sacándose el poncho pampa que tenía puesto, me dijo, dándomelo.

<sup>44</sup> EIR, 1: 93, 95, 104.

<sup>45</sup> Ibídem, 1: 107, 109, 120; 2: 49; 1: 98-99, 104, 123.

—Tome, hermano, úselo en mi nombre, es hecho por mi mujer principal.

Acepté el obsequio que tenía una gran significación [...]

—Si alguna vez no hay paces, mis indios no lo han de matar, hermano, viéndole ese poncho. [...]

La gran significación que el poncho de Mariano Rosas tenía [consistía en que] el poncho tejido por la mujer principal, es entre los indios un gaje de amor, es como el anillo nupcial entre los cristianos<sup>46</sup>.

El intercambio de presentes en la frontera es interpretado por la antropología desde una multiplicidad de sentidos: como muestra de amistad mutua y como introducción en la lógica material indígena basada en la redistribución interna de bienes, pero también como el restablecimiento de un equilibrio alterado por el avance de los blancos sobre tierras y recursos indígenas<sup>47</sup>.

El de las relaciones personales era, en efecto, el escenario en el que se definía la política fronteriza y sobre el cual Mansilla refiere haber desplegado sus dotes teatrales a fin de seducir, atraer, mostrando desprecio y confianza a la vez (como hizo con Rufino Pereira, arquetipo del gaucho desheredado, renegado con la autoridad pero fiel a su palabra<sup>48</sup>), en definitiva, controlar su “gobierno fronterizo”.

En el marco de esas relaciones personales que sustentaban la acción política, era frecuente que los jefes fronterizos de uno y otro lado establecieran lazos de compadrazgo. En la cultura mapuche hay formas de parentesco ritual que se celebran mediante el intercambio de regalos, comidas compartidas, etc., asimilables y asimiladas de hecho al padrinazgo de origen cristiano mediante el bautismo y la imposición del nombre del padrino al ahijado (como había sido bautizado, por ejemplo, Panguegner o Mariano Rosas por Juan Manuel de Rosas, o Baigorrita por el coronel puntano Manuel Baigorria), y que eran instrumentalizadas por los jefes fronterizos como estrategia política<sup>49</sup>. Mansilla ya tenía una comadre mestiza, su asistente y confidente Carmen; por otra parte había sido invitado meses antes por Mariano Rosas a hacerse padrino de una de sus hijas, habida de una cristiana, y apadrinó también en su incursión a un hijo de Baigorrita, creando una cierta competencia entre ambos caciques por su amistad, y a otros tres niños<sup>50</sup>. Solo después del bautismo de su hija, Mariano Rosas retribuyó los presentes de Mansilla regalándole su mejor poncho.

<sup>46</sup> Ibídem, 2: 131-132; véase también 2: 140-141.

<sup>47</sup> M.A. Palermo, “Prólogo y notas”, en *EIR*, 1: 267.

<sup>48</sup> *EIR*, 1: 243-245.

<sup>49</sup> Palermo, “Prólogo y notas”, 2: 206-207 y 1: 276; *EIR*, 2: 55; 1: 212-213; 2: 51; Roulet, “Guerra y diplomacia”, 94-95.

<sup>50</sup> *EIR*, 2: 5, 10-11, 160; 1: 247-248; 2: 122, 129-132; 2: 88; 2: 131.

### “Aquí viene el que quiere, compadre”<sup>51</sup>

La caracterización cultural de los personajes que aparecen a lo largo de la excursión de Mansilla recorre el abanico completo de posiciones intermedias entre lo que una historiografía tradicional excesivamente simplificadora de la frontera calificaría de “blancos” o “cristianos” e “indios”, escapando a esa clasificación demasiado rígida. También en la descripción utilitaria de Cox lo más llamativo está en el paisaje humano: en la caracterización de un sorprendente mundo mestizo habitado por criollos chilenos y rioplatenses, indígenas de distintas partes de la Patagonia y la Pampa vinculados entre sí por parentesco o por negocios, mestizos de todo tipo oficiando de lenguaraces y mediadores políticos, novias fugitivas o raptadas, tránsfugas, pastores, cautivos, traficantes de caballos y aguardiente<sup>52</sup>. Se trata, dentro del margen de variabilidad que admitía el “mundo informal y desperdigado” de la frontera, de la gente “sin rastro conocido, sin domicilio, sin propiedades ni bienes ni familias que les arraigaran a la tierra [...] sin patria ni bandera”<sup>53</sup> que estos mismos autores caracterizan como mestizos fronterizos, a la vez criollos indianizados e indígenas acriollados. El escenario social de la *Excursión* se va diseñando sobre la marcha –no sin detenerse en algunos puntos y consideraciones valorativas importantes– como una ancha e indefinida zona en la que se entra y se sale con relativa facilidad si se comprende y se respeta el orden intrínseco de ese mundo habitado por una masa relativamente cuantificable (y Mansilla lo intenta) representada por una serie de individuos híbridos en distintos grados y formas.

Los personajes rurales espacial y socialmente más cercanos a las guardias militares, campos y caminos bajo relativo dominio estatal parecían ser los paisanos, gauchos e indios-gauchos “sin ley ni sujeción a nadie”, como “el indio Blanco”, “terror de los caminantes, de los arrieros y troperos”, comerciante en Chile, refractario a la paz; como el capitanejo Peñaloza, que cobraba derechos por “el piso y el agua” al entrar en los montes; como Bustos, cuñado del cacique Ramón, que se presentaba “en mangas de camisa, de larga melena, atada con una vincha, [...] montando un magnífico caballo overo negro, perfectamente ensillado, con ricos estribos de plata y chapeado, [...] blandiendo una larguísima lanza”, y hablaba castellano por ser hijo de un vecino de Rojas; como “el caballero Villarreal”, “indio ladino” hijo de una indígena y de un cristiano de Bragado, cuñado de Carmen, la comadre de Mansilla, que “vestía como un gaucho lujoso” y que conocía Buenos Aires y poseía grandes sembrados; o como el bandido cordobés Bargas, “casado con varias mujeres” y que vivía “como un indio”<sup>54</sup>.

<sup>51</sup> Ibídem, 2: 37.

<sup>52</sup> Navarro Floria y Nacach, “Entre indios falsificados”, 10.

<sup>53</sup> León Solís y Villalobos, “Tipos humanos”, 94-95.

<sup>54</sup> EIR, 1: 66, 62, 66, 234, 70; 2: 197; 1: 96-98, 117-118; 2: 158-159, 163, 7.

A fin de ahondar en la comprensión de la vida fronteriza, Mansilla contrapone la figura del gaucho cordobés Manuel Alfonso y la del paisano Camilo Arias: “Paisano gaucho es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad [...] El gaucho neto, es el criollo errante [...] jugador, pendenciero, enemigo de toda disciplina”<sup>55</sup>. Camilo Arias, enemigo de los indígenas, era “igual a Manuel Alfonso en un sentido, su reverso en otro”: “rumbeador como él, jinete como él, valiente como él; pero no es aventurero”<sup>56</sup>. Manuel Alfonso era llamado Chañilao, descrito como un hombre blanco, “de largos cabellos castaños, tirando al rubio; de ojos azules; [...] lampiño; de modales fáciles; vestido como un gaucho rico”, baqueano y valiente, perfecto hablante del mapuche y con mujer indígena, conocedor de “todos los trabajos de campo como un estanciero”, capitanejo de Baigorrita, y constituía desde la mirada de Mansilla una “planta verdaderamente oriunda del suelo argentino”<sup>57</sup>:

El primero, tiene los instintos de la civilización; imita al hombre de las ciudades en su traje, en sus costumbres. El segundo, ama la tradición, detesta al *gringo*; su lujo son sus espuelas, su chapeado, su tirador, su facón. El primero se quita el poncho para entrar en la villa, el segundo entra en ella haciendo ostentación de todos sus arreos. El primero es labrador, picador de carretas, acarreador de ganado, tropero, peón de mano. El segundo se conchaba para las *yerras*. El primero ha sido soldado varias veces. El segundo formó alguna vez parte de un contingente, y en cuanto vio la luz se alzó.

El primero es siempre *federal*, el segundo ya no es nada. El primero cree todavía en algo, el segundo en nada. Como ha sufrido más que la *gente de frac*, se ha desengañado antes que ella. Va a las elecciones, porque el comandante o el alcalde se lo ordenan, y eso se hace sufragio universal. Si tiene una demanda la deja porque cree que es tiempo perdido, se ha dicho con verdad. En una palabra, el primero es un hombre útil para la industria y el trabajo, el segundo es un habitante peligroso en cualquier parte [...] El primero compone la masa social argentina; el segundo va desapareciendo [...]

El día en que haya desaparecido del todo será probablemente aquél en que se comprenda que tenemos una masa de pueblo sin alma [...] que desparramada en inmensas campañas, no tiene iglesias, ni escuelas, ni caminos, ni justicia [...]<sup>58</sup>.

Anverso y reverso de una misma moneda, el gaucho-paisano y el gaucho-indio expresaban, para Mansilla, componentes de una misma identidad nacional profunda que permanecería viva aunque se desplazara o exterminara a algunos de sus representantes concretos, y a la cual la clase dirigente debería reconocer si no quería enfrentar el

<sup>55</sup> Ibídem, 2: 83-84.

<sup>56</sup> Ibídem, 2: 149, 83.

<sup>57</sup> Ibídem, 2: 81-82.

<sup>58</sup> Ibídem, 2: 84-85.

conflicto de esa “masa de pueblo sin alma”. La frontera es así condensación simbólica de la nación, y la periferia, metáfora del centro.

Ese mismo espacio social era ocupado por indígenas mejor identificados como tales por su origen, pero adaptados en mayor o menor medida a usos criollos, incluso hablantes de castellano como “la china Carmen, mujer de veinticinco años, hermosa y astuta [...] confidente y amiga” y asistente del coronel y su introductora en la lengua mapuche y las costumbres ranquelinas; o como los que salían al encuentro de la expedición vistiendo “trajes los más caprichosos” y diciendo “¡cristiano! ¡cristiano! [...] en el mejor castellano del mundo”, que entendían la lengua castellana o la hablaban como Mariano Rosas<sup>59</sup>. Carmen compartía con su hermana, la mujer de Villarreal, “una china magnífica”, vestida con lujo y conocedora de Buenos Aires<sup>60</sup>, esa condición de mediadora entre culturas; como también “el indio Manuel López, educado en Córdoba, que sabe leer y escribir” y era compadre de Mansilla<sup>61</sup>.

Entre los indígenas, era claro que los caciques eran los que, en su rol de mediadores políticos, accedían más fácilmente a los bienes materiales y simbólicos de la sociedad criolla. Ramón, hijo de una cristiana de La Carlota y con familiares allí, caracterizado por Mansilla como de aspecto blanco, era el más próspero de los ranqueles y vestía “como un paisano rico”, platero de oficio, comerciante con Chile, estanciero y dueño de importantes sembrados, corrales y ganados mansos, casado con una “doña” –también de La Carlota, como la madre del cacique– y con otras cuatro mujeres indígenas, y afecto a los cristianos<sup>62</sup>. El mismo Mariano Rosas (prisionero en 1834, ahijado y peón de Juan Manuel de Rosas, instruido y habilitado por él con una punta de ganado, un apero completo de plata, “ropa fina, un uniforme de coronel y muchas divisas coloradas”) recibió a Mansilla vestido “como un gaucho, paquete pero sin lujo”, “con camiseta de Crimea, mordoré, adornada con trencilla negra, pañuelo de seda al cuello, chiripá de poncho inglés, calzoncillo con fleco, bota de becerro, tirador con cuatro botones de plata y sombrero de castor fino” y comía asado de yegua con tenedor y cuchillo<sup>63</sup>. Su hermano Epumer era monógamo y su esposa e hijas vestían lana escocesa; también él era “lujoso en el vestir” y para Mansilla parecía “tener sangre cristiana en las venas”<sup>64</sup>. Baigorrita era hijo de una cautiva de San José del Morro y ahijado del coronel Manuel Baigorria<sup>65</sup>. También el anciano Estanislao, respetado por todos los jefes indígenas, vestía “poncho y chiripá de tela pampa, camisa de Crimea, calzoncillos con fleco, botas cerradas en la

<sup>59</sup> Ibídem, 1: 10, 106, 211, 220-221, 264; 2: 5, 11, 138-140, 160; 1: 95, 100, 163; 2: 23.

<sup>60</sup> Ibídem, 1: 118, 121.

<sup>61</sup> Ibídem, 2: 153.

<sup>62</sup> Ibídem, 1: 104, 247; 2: 167-177.

<sup>63</sup> Ibídem, 1: 212-215, 225-226, 217; 2: 123.

<sup>64</sup> Ibídem, 1: 119-121; 167.

<sup>65</sup> Ibídem, 2: 40, 51.

<sup>66</sup> Ibídem, 2: 75.

punta”<sup>66</sup>. Los *loncos* y *ülmenes* no eran más que una muestra de las aspiraciones y procesos que atravesaban por entonces a las sociedades indígenas pampeanas:

En efecto, los indios tienen ahora muchas necesidades, les gusta mucho beber, tomar mate dulce, fumar, vestirse con ropa fina [...] los indios aman tanto el tabaco como el aguardiente. Prefieren el negro del Brasil a cualquier otro. Los pampas azuleros hacen este comercio [...] Todos los indios saben fumar, lo mismo que saben beber [...]<sup>67</sup>.

Las comunidades indígenas y mestizas se vinculaban entre sí y con los cristianos a través del intercambio material, del tránsito de personas en uno y otro sentido y también de un intenso flujo de información. Aparecen espías de otros caciques, como el criminal porteño enviado por Calfucurá, y lenguaraces que no ejercían de simples traductores sino también de baqueanos, intérpretes, confidentes y consejeros de la política fronteriza<sup>68</sup>. Uno de estos últimos era Francisco Mora, el “mestizo chileno, hijo de cristiano y de india araucana, hombre muy baqueano”, “astuto, resuelto y rumbeador” que acompañaba a Mansilla y cuya historia de vida lo situaba tanto en la Pampa como en Chile, entre los blancos como en el mundo mapuche: “[porque] en unas tierras se trabaja de un modo y en otras de otro, como él me dijo”. También José, lenguaraz de Mariano Rosas, “nativo de Mendoza, casado entre los indios, cuyos hábitos y costumbres ha adoptado [...] y en quien depositan la mayor confianza, tanta cuanta depositarían en un capitanejo”; o Juan de Dios San Martín, “un *roto* chileno, vivo como un rayo, taimado y melifluo”, lenguaraz, secretario, amigo, sirviente y confidente de Baigorrita<sup>69</sup>.

Un dato que llama la atención del mismo Mansilla es la cantidad y variedad de cristianos que vivían en las tolderías por distintas razones. Gauchos “que han solidado ir a los indios por su gusto o vivir cautivos entre ellos”, extraordinariamente adaptados a la dura vida en el campo<sup>70</sup>. Niños y mujeres cautivas reducidas a la servidumbre y cuya liberación era parte del tratado en cuestión, aunque a veces se las veía contentas y bien tratadas<sup>71</sup>. Solo en los toldos de Ramón, a punto de terminar la *Excursión*, Mansilla puso nombre y apellido a varios de esos cautivos y relató sus historias particulares: la de Fermina Zárate, cautivada de joven en La Carlota y entonces, ya mayor, madre de tres hijos del cacique y renuente a volver con su familia original; la de Petrona Jofré, una cordobesa “joven y hermosa” que se resistía a los requerimientos sexuales de su “dueño” Carrapí y buscaba ser rescatada mediante compra; o la del adolescente Spañol, “blanco y rubio”<sup>72</sup>. Mansilla calculaba que había entre seiscientos y ochocien-

<sup>67</sup> Ibídem, 2: 7, 16.

<sup>68</sup> Ibídem, 2: 32-41, 55-57, 1: 19.

<sup>69</sup> Ibídem, 1: 70, 86, 92; 2: 17-18; 1: 252; 2: 22, 35-36.

<sup>70</sup> Ibídem, 1: 17, 18, 53.

<sup>71</sup> Ibídem, 1: 162, 165, 226, 229, 232; 2: 8-9, 27-28, 33, 36, 50, 128, 131, 144, 146-147, 152, 170-173, 119-121.

<sup>72</sup> Ibídem, 2: 170-175.

tos cautivos entre los ranqueles<sup>73</sup>. También había fugitivos de la justicia, como el inefable Miguelito Corro, arriero y carretero de lujoso vestir que decía haber sido injustamente acusado de matar a un juez en el Morro, o el paisano Crisóstomo, protagonista de un desengaño amoroso, una borrachera y una puñalada que lo desgració en la sierras cordobesas, y desde entonces casado con una “china” y con tres hijos en los toldos<sup>74</sup>. Otro grupo era el de los refugiados políticos, como la gente del caudillo puntano Juan Saá, algunos de ellos muy aculturados, como Camargo y el mayor Colchao, mrontonero del “Chacho” Peñaloza, otros viviendo entre los toldos con ranchos y corrales, como Ayala, pero casi todos más refractarios al trato amistoso con las autoridades estatales que los propios indígenas, conservadores de los viejos usos rosistas, como el soldado desertor del acordeón *–alter ego* del bufón del Restaurador–, partidarios de cualquier caudillo rebelde o bandido que se levantara contra el Gobierno, fuese Urquiza, Saá, Elizondo, Guayama, Peñaloza o los Taboada pero sin embargo deseosos de oír una misa y de bautizar a sus hijos<sup>75</sup>.

Personajes más móviles hacia adentro o hacia fuera del mundo fronterizo eran militares como el mismo Mansilla o como el capitán Martín Rivadavia, hijo del primer presidente argentino y rehén durante meses en los toldos de Mariano Rosas, donde se había hecho respetar y querer<sup>76</sup>; el extraño padre Burela, llegado de Mendoza “con un importante cargamento de bebidas y otras menudencias para el rescate de cautivos” en misión oficial, pero que parecía oficial tanto de mercachifle, acompañado de pulperos, como de valido de Mariano Rosas<sup>77</sup>; o el médico Jorge Macías, mediador voluntario con los ranqueles que había quedado cautivo dos años antes y había ascendido hasta amigo y secretario de Mariano Rosas y despertado el rencor de otros cristianos refugiados en los toldos, siendo finalmente liberado por Mansilla<sup>78</sup>.

A los toldos iba el que quería, como le dijo Baigorrita a Mansilla, y las razones para querer ir o venir podían ser muchas. Lo que resulta interesante constatar es que, de acuerdo con las sutiles transiciones observadas, entrar a Tierra Adentro o salir del mundo indígena siempre suponía un desplazamiento o una ruptura respecto de lo que podríamos considerar típico, para franquear esa zona de transición que era la frontera, en la que no se era totalmente cristiano ni totalmente indígena, sino “indio-gaucho”, “gaucho malo”, indígena vestido a la criolla, cristiano aindiado, bilingüe o mestizo. En casi cualquier caso y en cualquier parte, “un habitante peligroso”<sup>79</sup>. La lectura política

<sup>73</sup> Ibídem, 2: 197.

<sup>74</sup> Ibídem, 1: 170, 173, 113-117.

<sup>75</sup> Ibídem, 1: 254-256; 2: 152, 33; 1: 148-149, 155, 221; 2: 152; 1: 95, 100, 104, 112, 142; 2: 7, 95, 130; 1: 152, 204, 210, 217, 222, 218, 255; 2: 33; 1: 251, 259-260.

<sup>76</sup> Ibídem, 1: 143; 2: 126, 153.

<sup>77</sup> Ibídem, 1: 155, 167; 2: 88-89, 91, 103, 147.

<sup>78</sup> Ibídem, 1: 155; 2: 93, 112-118, 123-127, 151-158.

<sup>79</sup> Ibídem, 2: 84.

del orden fronterizo hecha por Mansilla se expresaba en términos similares a los de Sarmiento cuando, hablando como presidente ante el Congreso, un año antes, anunciaría la prevención de “las amenazas de insurrección operadas por personas que la ley no sabría clasificar, a juzgar por sus actos y conexiones, entre bandidos o salvajes de las Pampas”<sup>80</sup>. La respuesta implícita de Mansilla advertía que bandidos o salvajes, paisanos o gauchos, ranqueles o cristianos, por debajo de las clasificaciones de la ley (clasificaciones que, por otra parte, ya no reproducían el orden étnico colonial sino el orden de clases de las repúblicas modernas) había una realidad humana insoslayable, un mundo que era el interior de la Argentina misma.

### **“Usted sabe, mi Coronel, que los campos no tienen puertas...”<sup>81</sup>**

La compleja trama de vínculos personales que Mansilla había sabido tejer desde su “cacicato blanco” del Fuerte Sarmiento le permitía penetrar un campo que, si bien no tenía puertas, como le explicó Miguelito Corro, estaba cuidadosamente vigilado.

El de la permeabilidad de la frontera es uno de los pocos temas que Mansilla relata mostrando asombro, aun para un militar experimentado como él. El protagonista de esa verdadera historia dentro de la historia, que es el propio Miguelito, le explicaba que salía cuando quería de las tolderías para visitar a sus parientes en Villa Mercedes y a su querida en San José del Morro, y que otros cristianos fronterizos iban también al Morro a proveerse y a buscar correspondencia, porque “los campos no tienen puertas”, porque las descubiertas de los fortines eran fácilmente eludibles debido a sus horarios e itinerarios fijos, y porque en la retaguardia de la línea militar “¿a quién le faltan amigos?”. Entonces Mansilla dice: “veía la complicidad de los moradores fronterizos en las depredaciones de los indígenas y el problema de nuestros odios, de nuestras guerras civiles y de nuestras persecuciones”<sup>82</sup>. Las tolderías de la frontera, habitadas no solo por indígenas sino por un número importante de refugiados políticos cristianos, eran una caja de resonancia donde las noticias no escaseaban y donde se sabía todo lo de “afuera”<sup>83</sup>. La revelación de la íntima vinculación entre varias de las cuestiones políticas decisivas en el proceso de construcción del Estado nacional (la de la seguridad de las fronteras indígenas, la de las guerras civiles y la del conflicto de dominación entre las élites de Buenos Aires y las del interior) funcionaba así como una operación intelectual mediante la cual la frontera, ese otro mundo de Tierra Adentro, se convertía de pronto en cuestión interna. El “problema de la seguridad de las fronteras” no era un simple tema militar sino que comenzaba a ser, entonces, descrito

<sup>80</sup> Congreso Nacional, Argentina, *Cámara de Senadores. Sesión de 1869* (Buenos Aires: Imprenta del Orden, 1869), 9.

<sup>81</sup> *EIR*, 1: 194.

<sup>82</sup> Ibídem, 1: 194-195.

<sup>83</sup> Ibídem, 1: 217, 195.

en otros términos: en los de las cuestiones sociales determinantes para la existencia del Estado mismo.

La permeabilidad del mundo fronterizo había influido decisivamente en la transformación tanto del mundo indígena como de los márgenes del mundo hispanocriollo. Solo así se explican las permanentes adaptaciones de unos y otros a bienes materiales, usos y costumbres e ideas ajenas. Desde el azúcar, el tabaco, la yerba y el aguardiente que todos intercambiaban y consumían como recursos que formaban parte de la propia cultura, hasta las estrategias políticas en las que los caciques se revelaban similares a los líderes de bancadas parlamentarias y Mansilla tan atado a las lealtades personales como un capitanejo ranquel, pasando por la ropa, las maniobras militares y las palabras compartidas.

La descripción del panorama étnico-social de la frontera es útil a la preocupación que Mansilla expresa más fuertemente: la que se refiere a la permeabilidad de ese mundo incierto. Una de las opiniones más corrientes de la coyuntura política, sin duda compartida por Mansilla, era que la conquista de la Pampa se lograría mediante la privación de los medios de vida de las comunidades indígenas. El presidente Sarmiento, en sus últimos mensajes al Congreso de la Nación, con satisfacción ante el avance de las fuerzas nacionales, anunciable: “la dificultad y peligro de proveer a las nuevas necesidades por el robo, acabarán por fijarlos [a los indígenas] e imitar el ejemplo de Catriel, Coliqueo y otros que gozan de las comodidades de la vida civilizada y de la protección del Gobierno”<sup>84</sup>, o:

Llega pues, para el salvaje, la época en que la necesidad misma lo fuerza a arrancar de la tierra con el sudor de su frente, el alimento que le niega espontáneamente; y el Gobierno aprovechará toda coyuntura favorable para hacerles fácil y llevadero el tránsito de un período a otro de la existencia, con tal que se sometan a ciertas prescripciones y organización<sup>85</sup>.

En ese sentido, el problema, como volverá a exponer Mansilla años después en el Congreso, no consistía en impedir la entrada de indígenas y gauchos fronterizos al territorio estatal sino en poner obstáculos a su salida. Por eso, “siguiendo el juicioso plan de los españoles”, en su avance de 1869 ubicó los fuertes en la banda sur del río Quinto, para poder controlar lo que los indígenas sacaban hacia la frontera o los animales que eventualmente pretendieran entrar para vender, pero no lo que hacían una vez dentro ni tampoco en su propio territorio, donde el Ejército no tenía jurisdicción<sup>86</sup>.

<sup>84</sup> Congreso Nacional, Argentina, *Cámara de Senadores, Sesión de 1873* (Buenos Aires: Imprenta de La Nación, 1874), 5.

<sup>85</sup> Congreso Nacional, Argentina, *Cámara de Senadores, Sesión de 1874* (Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875), 12.

<sup>86</sup> *EIR*, 1: 9; Congreso Nacional, Argentina, *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, Año 1876*, t. 1 (Buenos Aires, mayo 1877), 552-554.

## “Cada mundo tiene sus misterios”<sup>87</sup>

Ese mundo fronterizo donde “las cucharas eran de madera, de hierro, de plata; los tenedores lo mismo; los cuchillos comunes” y donde funcionaba una pulperia en un toldo ranquel presentaba características particulares, a menudo sorprendentes e ignoradas por el público lector de Mansilla: “Todos los que hemos sido público alguna vez sabemos que este monstruo de múltiple cabeza sabe muchas cosas que debiera ignorar e ignora muchas otras que debiera saber”<sup>88</sup>. Situado discursivamente entre el mundo ignorado de *Tierra Adentro* y los lectores porteños de *La Tribuna*, Mansilla, que dice haber llegado a “lugares a donde jamás han llegado los cristianos”, reprocha esa ignorancia “hasta de la fisonomía de nuestra Patria”<sup>89</sup>.

Respecto de los conocimientos corrientes entre sus pares, Mansilla propone vías alternativas de acceso a la realidad del país interior: “Yo he aprendido más de mi tierra yendo a los indios ranqueles, que en diez años de despestañarme, leyendo opúsculos, folletos, gacetillas, revistas y libros especiales”<sup>90</sup>. En ese marco, “la historia real de Miguelito [...] *mutatis mutandis*, es la de muchos cristianos que han ido a buscar asilo entre los indios. Ese es nuestro país”. País contradictorio, que contiene “grandes y populosas ciudades” al mismo tiempo que “campos desiertos, grandes heredades, donde vegeta el proletario en la ignorancia y en la estupidez”<sup>91</sup>. Mansilla soñaba con llegar con su nuevo saber a penetrar la conciencia de la “ciudad poderosa” donde él había nacido<sup>92</sup>.

Uno de los ámbitos que el autor se muestra dispuesto a reconocer es el de la legalidad consuetudinaria del mundo indígena, en lo que se refiere tanto al plano político y jurídico como al doméstico y cotidiano: la sucesión de los jefes, las maniobras militares, la sanción de las faltas, la sexualidad, la familia, los usos e intercambios de lo material<sup>93</sup>. Pero sobre esa armonía interna de las tolderías se extendía otra red de vinculaciones y de normas, externas y diferentes, también del orden estatal pero igualmente cristalizadas, lo que constituía una amenaza, para Mansilla y para Sarmiento: “[un mundo] realmente digno de estudio. Lo tenemos encima, golpeando diariamente nuestras puertas, como los enemigos de Roma, en sus horas aciagas”<sup>94</sup>. El intercambio intracomunitario, por ejemplo, consistía en dar “*con vuelta o sin vuelta*, según el trato”, pero “con los chilenos el comercio lo hacen como los cristianos, a no ser que sean parientes”<sup>95</sup>. “[Para ese otro circuito de intercambio] prefieren el gusto chileno; porque con Chile

<sup>87</sup> *EIR*, 2: 89.

<sup>88</sup> Ibídem, 1: 165, 234, 240, 23.

<sup>89</sup> Ibídem, 1: 156, 65.

<sup>90</sup> Ibídem, 1: 193.

<sup>91</sup> Ibídem, 1: 197.

<sup>92</sup> Ibídem, 1: 209.

<sup>93</sup> Ibídem, 1: 216, 180, 217, 223, 230-232, 236-237; 2: 44, 65-66, 76, 90-92.

tienen comercio y es de allí de donde llevan toda clase de prendas, que cambalachean por ganado vacuno, lanar y caballar”<sup>96</sup>. Efectivamente, la realidad de la frontera, como la palabra misma lo sugiere, había surgido del contacto intercultural y consistía en un tercer orden híbrido, de bordes difusos, que absorbía pautas y elementos materiales y simbólicos tanto del ámbito criollo como del indígena e imponía con similar fuerza su lógica a uno y a otro, transformando a los indígenas en gauchos y a los funcionarios estatales en caciques.

Así como al principio de la *Excursión* Mansilla expresa el propósito de ver con sus propios ojos “ese mundo que llaman Tierra Adentro”, es en el Epílogo donde se yuxtaponen los dos resultados de su reconocimiento<sup>97</sup>. Por un lado produce “un cálculo estadístico muy sencillo” por el cual cuantifica a los ranqueles, pero inmediatamente asigna nombres propios a esos tres caciques principales, dos caciques menores y sesenta capitanejos que conoció personalmente. El cálculo avanza, pero pronto se revela insuficiente para decir lo fundamental: “Sea de esto lo que fuere, la triste realidad es que los indios están ahí amenazando constantemente la propiedad, el hogar y la vida de los cristianos”. Frente a esto, la “civilización” no ha hecho más que matarlos y despojarlos: “No hay peor mal que la civilización sin clemencia”. El discurso vuelve al plano científico, emprendiendo una caracterización frenológica de la “raza” ranquel, pero solo para señalar que su permeabilidad y propensión al mestizaje y a la “ fusión de las razas” convierte su preservación en un necesario acto de justicia. El recorrido pendular del Epílogo, entre los datos positivos derivados de una observación que se pretende científica y una serie de conclusiones pertenecientes al orden político y ético, es claramente expresivo del tipo de razonamiento de Mansilla, no sistemático, con una aparente “tendencia a dejar caer en mitad del vuelo las cuestiones importantes”<sup>98</sup> pero no por eso menos profundo:

El día estaba en calma, mi alma alegre. [...]

Yo amo, sin embargo, el dolor y hasta el remordimiento, porque me devuelve la conciencia de mí mismo<sup>99</sup>.

Esa conciencia de sí mismo que Mansilla reclama para el país entero y en particular para la clase dirigente que él integra se funda en el reconocimiento, paralelo al que elabora José Hernández con el poema gauchesco *Martín Fierro*, como se ha señalado, de una idiosincrasia argentina preexistente y sobreviviente en los personajes y en

<sup>94</sup> Ibídem, 2: 36.

<sup>95</sup> Ibídem, 2: 66.

<sup>96</sup> Ibídem, 2: 169.

<sup>97</sup> Ibídem, 1: 7; 2: 196-202.

<sup>98</sup> N. Shumway, *La invención de la Argentina. Historia de una idea* (Buenos Aires: Emecé, 1993), 281.

<sup>99</sup> EIR, 2: 202.

la sociabilidad de la frontera<sup>100</sup>. Con su “deliberado viaje a la barbarie”<sup>101</sup>, Mansilla desplaza la frontera a la capital, convierte la cuestión de la seguridad de los lejanos fortines en problema interno central para definir el lugar social del pueblo desposeído. No como un revolucionario, dado que (como bien señala Shumway) Mansilla termina no proponiendo ninguna alternativa clara, sino simplemente como alguien que ofrece una mirada lateral y llama la atención sobre una realidad hasta entonces (y después) no bien vista.

### A modo de conclusiones

El aporte del estudio de la *Excursión* de Mansilla a la historiografía sobre las fronteras americanas, en el estado actual de la investigación, entendemos que puede consistir en el reconocimiento de la existencia, en la Pampa argentina de 1870, de un mundo alternativo que los observadores más lúcidos (como Mansilla o Sarmiento) percibían tan real como amenazador. A diferencia de la caracterización elaborada por Sarmiento décadas antes, para Mansilla la frontera no es un mundo indígena y desconocido sino mestizo y relativamente accesible.

Ese orden alternativo consistía en una red de relaciones y de pautas menos formalizadas que las de la sociedad contenida por el Estado, pero no por eso menos extensa y significativa. Esas vinculaciones, fuertemente marcadas por lo personal (hasta el punto que los lazos interpersonales eran el hecho verdaderamente constitutivo del poder político), provenían de un largo proceso de relaciones interétnicas y sostenían, en la visión de Mansilla, el entramado social mismo del interior argentino. La demostración de la amplitud, de la permeabilidad y del espesor cultural de ese mundo está en los retratos de los actores sociales concretos que lo habitan y transitan: híbridos, mestizos, bilingües, aculturados y habilitados por esa misma ambivalencia para moverse, entrar y salir libremente de la frontera.

La obra de Mansilla contiene, en este sentido, un claro mensaje político de crítica al progresismo dominante. Sin desaprobar la propuesta de preparar una ofensiva militar sobre la Pampa, Mansilla disentía con la idea de operar ciegamente en un escenario que se desconocía en su profundidad, y consecuentemente proponía –se proponía– observar más cuidadamente esas realidades para llevar al país a una mejor conciencia de sí mismo y de sus limitaciones y problemas.

---

<sup>100</sup> Shumway, *La invención de la Argentina*, 284.

<sup>101</sup> Entre otros: Ramos, “Una excursión”, 144.

## Bibliografía

- Andermann, J. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2000.
- Arcos, S. *Cuestión de indios. Las fronteras y los indios*. Buenos Aires: Bernheim, 1860.
- Caillet-Bois, J. “Nuevos documentos sobre ‘Una excursión a los indios ranqueles’”. *Boletín de la Academia Argentina de Letras* (Buenos Aires), 16 (1947).
- Congreso Nacional, Argentina. *Cámara de Senadores, Sesión de 1869*. Buenos Aires: Imprenta del Orden, 1869.
- \_\_\_\_\_. *Cámara de Senadores, Sesión de 1873*. Buenos Aires: Imprenta de La Nación, 1874.
- \_\_\_\_\_. *Cámara de Senadores, Sesión de 1874*. Buenos Aires, Imprenta de El Nacional, 1875.
- \_\_\_\_\_. *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados, Año 1876*. Tomo 1. Buenos Aires, mayo 1877.
- Iglesia, C. *La violencia del azar. Ensayos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: FCE, 2003.
- Jitrik, N. *El mundo del Ochenta*. Buenos Aires: Editores de América Latina, 1998.
- Lázzari, A. “¡Vivan los indios argentinos! Análisis de las estrategias discursivas de etnización/nacionalización de los ranqueles en situación de frontera”. Tesis de maestría, Museo Nacional; Universidade Federal do Rio de Janeiro, 1996.
- León Solís, L. y S. Villalobos. “Tipos humanos y espacios de sociabilidad en la frontera mapuche de Argentina y Chile, 1890-1900. Propuesta de investigación”. *Estudios Historiográficos* (Valparaíso), 1, núm. 1 (2002).
- Levaggi, A. *Paz en la frontera*. Buenos Aires: Universidad del Museo Social Argentino, 2000.
- Mandolini, R. “¿Y cuánto vale una vaca? Sistemas de intercambio en la economía indígena pampeana”. En *XIV Jornadas de Historia Económica*. Córdoba, 1994.
- Mansilla, L. V. *Una excursión a los indios ranqueles*. 2 t. [1870]; Buenos Aires: CEAL, 1993.

Míguez, E. J. “Mediación social en la frontera. La región pampeana, 1840-1874”. Manuscrito inédito, Buenos Aires, 2003.

Nacach, G. “Lecturas paralelas de Lucio V. Mansilla y su ‘Excursión a los indios ranqueles’”. Tesis de licenciatura en antropología, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2001.

Nacuzzi, L. R. “Francisco de Viedma, un ‘cacique blanco’ en tierra de indios”. En *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, comp. L. R. Nacuzzi. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002.

Navarro Floria, P. y G. Nacach, “Entre indios falsificados, novias raptadas, cautivos y traficantes de aguardiente: Guillermo Cox en el norte de la Patagonia, 1862-1863”. Manuscrito inédito, Buenos Aires, 2002.

Pratt, M. L. *Ojos imperiales, Literatura de viajes y transculturación*. Bernal: Universidad de Quilmes, 1997.

Quijada, M. “A modo de presentación”. En *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, comp. L. R. Nacuzzi. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002.

Ramos, J. “Entre otros: ‘Una excursión a los indios ranqueles’ de Lucio V. Mansilla”. *Filología* (Buenos Aires), 21, núm. 1 (1986)

Rodríguez, F. “‘Una excursión a los indios ranqueles’, una novela de espionaje”. *Filología* (Buenos Aires), 29, núm. 1-2 (1996).

Roulet, F. “Guerra y diplomacia en la frontera de Mendoza: la política indígena del comandante José Francisco de Amigorena (1779-1799)”. En *Funcionarios, diplomáticos, guerreros. Miradas hacia el otro en las fronteras de Pampa y Patagonia (siglos XVIII y XIX)*, comp. L. R. Nacuzzi. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, 2002.

Schröter, B. “La frontera en Hispanoamérica colonial: un estudio historiográfico comparativo”. *Colonial Latin American Historical Review* (Albuquerque, Estados Unidos), 10, núm. 3 (2001).

Shumway, N. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Buenos Aires: Emecé, 1993.

GABRIELA NACACH Y PEDRO NAVARRO FLORIA

EL RECINTO VEDADO

Tamagnini, M. y G. Pérez Zavala, “La confrontación por el espacio: el avance de la frontera hacia el río Quinto (1869)”. Manuscrito inédito, Buenos Aires, 2003.

Fecha de presentación: 19 de febrero de 2004.

Fecha de aceptación: 24 de agosto de 2004.